

religión, abundando también los *arabes berberisants* de los franceses. El árabe ha demostrado aquí como en todas partes sus aptitudes asimilativas, de modo que en Argelia el berberisco ha llegado á ser un dialecto del árabe. Los bereberes, amoldados á sus señores en lo tocante á idioma y religión, están en vías de perder su nacionalidad, siendo bajo este concepto característica la diferencia que en la designación de sus tribus establecen los árabes entre los *ulad*, tribus nobles, guerreras y descendientes de los conquistadores, y los *beni*, de condición baja y sólo externamente unidos ó sometidos á aquéllos. De aquí que el nombre de *beni* se aplique generalmente á los bereberes arabeizados, mientras el de *ulad* (ó *aulad*) se da principalmente á las tribus árabes nómadas. Como los árabes de estos territorios no hablan por regla general en sus genealogías más que de hombres, no se sabe hasta qué punto las mujeres han llevado á sus venas sangre extranjera; pero ya desde los tiempos de Ibn Chaldun existen numerosos hechos históricos probados en apoyo de una importante mezcla, apareciendo también aquí el fenómeno del «cruceamiento imperceptible.» Las dos ramas viven á menudo tan mezcladas, que en medio de los más puros distritos de las kábilas encontramos aldeas genuinamente árabes, privilegiadas, *marabutas*, cuyos habitantes pretenden descender del profeta. La llamada población mora de las ciudades á las cuales han afluído desde hace siglos todos los elementos posibles, incluso los de Occidente, no ofrece punto de apoyo alguno al antropólogo clasificador de tipos, como tampoco la población de las grandes vías de tráfico y de conquistas, por ejemplo la de Constantina á Biskra y los valles que separan á las dos kábilas. Los pocos tipos que se hayan conservado puros han de buscarse, pues, en aquellos lugares en donde, á juzgar por las noticias históricas, ha existido poca reciprocidad de relaciones: así lo ha hecho Topinard en sus investigaciones sobre los tipos de la población argelina, á pesar de lo cual y del cuidado con que procedió no encontró entre las tribus árabes y berberiscas, un tipo único; es más, las variantes que pudo estudiar no podían ser aplicadas ni siquiera á dos tipos solos, pudiendo únicamente convencerse de que los bereberes acusaban una composición más sencilla que los árabes. Prescindiendo de los rubios y de los mestizos negros, encontró entre los bereberes cuatro ó cinco tipos marcados, que acertadamente denomina centros de semejanza (*centres de ressemblance*) en torno de los cuales oscilaban las formas más repetidas en el conjunto de individuos. Estos tipos los observó entre los bereberes y los árabes, pero en cada grupo en muy distinto número. En el primero, el rostro es largo, ovalado y con tendencias á la flaqueza, de perfil vertical, de alta y espaciosa frente, de huesos maxilares fuertemente contraídos, de nariz vertical, delgada, fina y en extremo desviada de la frente y cuya *leptorhynia* (que recuerda el tipo de la nariz kymrica) es á menudo sorprendente, y de pequeños y apretados dientes: este tipo de rostro, con mucha frecuencia unido á una expresión fría y severa y á un porte marcial, es el más extendido en Argelia, ofreciendo, quizás, más numerosos ejemplares á medida que se aproxima á las fronteras marroquíes. Esta vasta propagación hace suponer que sea este el tipo más antiguo y en cierto modo autóctono de Argelia. El segundo presenta la forma del rostro clásica, es decir, óvalo perfecto, frente ancha, recta y prolongada casi sin ranura en la nariz de ancho dorso, y finas cejas, y por su afinidad étnica podría ser considerado como el tipo árabe noble; Abd-el-Kader fué un ejemplar bastante bueno del mismo. Topinard encontró este tipo más abundante que en otras partes en las aisladas aldeas ma-

rabutas y en las tribus árabes del Oeste. Tercer tipo: nariz aguileña, cuya curvatura continúa por el lado inferior; frente poco ancha, redonda é inclinada hacia atrás, dirección que toma también la mitad inferior del rostro aun cuando la barba sea muy pronunciada: la nariz es una parte tan saliente de la cara que en este tipo resulta exacta la frase de Faidherbe «el rostro del árabe es todo nariz.» Y en realidad es esta una forma facial semítica que sólo entre los árabes se ofrece marcadamente pura. Cuarto tipo: rostro corto pero ovalado con cierto achatamiento en la región zigomática que á menudo se presenta ancha; nariz corta, roma con tendencias á la chatedad y muchas veces algo cóncava con anchos lóbulos nasales; ojos pequeños, barba redonda y los dos dientes centrales del maxilar superior con frecuencia más salidos hacia afuera que los otros. Este tipo prepondera en las kábilas, sobre todo en la gran Kábila, siendo raro entre los árabes. Quinto tipo, kábila también pero más puro que el anterior: rostro lleno y redondo, mandíbula inferior puntiaguda y pómulos salientes.

Los tipos cuarto y quinto pueden, pues, ser calificados de kábilas y de árabes el segundo y el tercero (siempre con la salvedad de las mezclas probables á que antes nos hemos referido); el primero subsiste como tipo especial sin relación marcada con los otros dos ni en sus cualidades particulares ni en su propagación por todo el territorio. Y aun cuando tiene frecuente representación entre las tribus árabes errantes, si se tiene en cuenta que ya en la antigüedad los habitantes de Numidia no sólo abarcaban tribus sedentarias, como las actuales kábilas, sino también tribus nómadas, habrá de reconocerse que este tipo tan extendido es uno de los más antiguos sino el más antiguo de los actuales del Norte de Africa. Con razón se ha hecho observar que el sistema de vida de los bereberes completamente sedentarios, los mzabes por ejemplo, ha podido influir en su estructura corporal, hecho que se demuestra mejor si se establece una comparación con los árabes. Citemos muy especialmente en este concepto el trabajo prematuro á que se somete á los niños haciéndoles sacar durante muchas horas al día el agua necesaria para el riego de los campos.

Muchas veces se ha hablado de los bereberes rubios: á propósito de ellos hemos de plantear la cuestión previa de si son tantos en número que puedan pesar mucho en la balanza del juicio que se emita sobre la situación etnográfica de ese pueblo. Acerca de este particular se ha exagerado en gran manera. Rohlfs dice: «Nadie ha recorrido Marruecos tanto como yo y sólo una vez he encontrado un hombre de ojos azules y rubia cabellera.» Es innegable que los pueblos que han residido una temporada en el actual territorio de Marruecos han dejado en él huellas de su paso y sólo así se explica la existencia de algunos aunque pocos ojos claros y rubias cabelleras en una población en la que predominan los ojos y los cabellos negros. Según el propio autor, mucho más raros son aquellos tipos entre los árabes que entre los bereberes, debido esto á que después de la invasión de los árabes no penetró ningún pueblo rubio en el Africa occidental y sobre todo al exclusivismo y aislamiento aristocráticos de las tribus árabes puras. Esto no obstante, de padres con ojos y cabellos negros salen hijos con cabellos rubios y ojos claros.

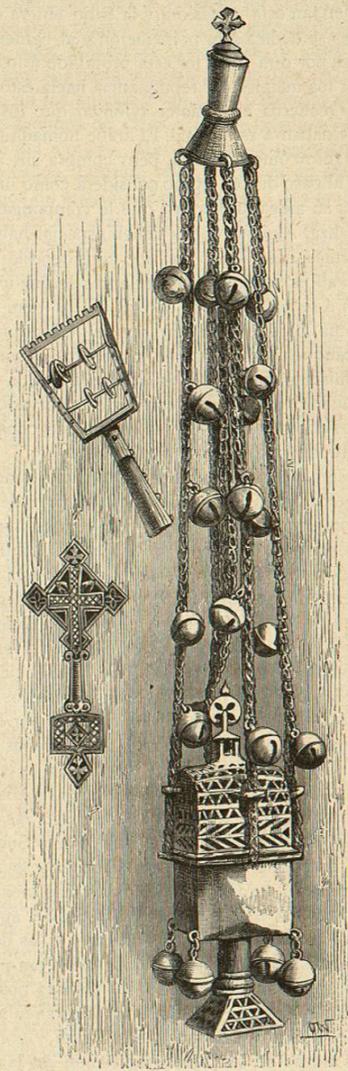
En esta mezcla tan abigarrada las diferencias únicamente han conservado un carácter acentuado allí donde pudieron apoyarse en elementos protectores bien naturales, bien de índole social; por esto no hay que confundir con el estado primitivo el antagonismo que hoy presentan los bereberes

agricultores y los árabes nómadas. Los nómadas berberiscos se han arabeizado; los agricultores han conservado su idioma y sus costumbres. El Norte de Africa no fué nunca favorable á una población exclusivamente agrícola. Los romanos, los posteriores conquistadores los *rum* (bizantinos,) los árabes, dieron á todos los habitantes del Africa septentrional el nombre genérico de bereberes (ó bárbaros), pero de sus descripciones resulta siempre que ya entonces coexistían uno al lado del otro dos elementos fundamentales, el sedentario y el nómada, formado probablemente el primero por los maxios de los griegos, los gátulos de los romanos, y constituido el segundo por los que más tarde se denominaron auses y númidas. Por lo menos lo que acerca de estos últimos dice Plinio se amolda perfectamente al modo de ser de un pueblo nómada: «cambian sin cesar sus pastos y llevan consigo sus tiendas.» Además adoptóse una división geográfica del Norte de Africa en dos partes, conforme al antagonismo etnográfico entre sedentarios y nómadas, separadas por el lago Tritonis, al Este del cual había la parte nómada ó anasítica, perteneciente á los habitantes de los oasis, mientras que al Oeste se extendían hasta el Océano los territorios de los pueblos sedentarios. Ibn Chaldún establece una separación entre tribus nómadas y tribus sedentarias. Sabido es también que los árabes invadieron el país, no sólo como nómadas, sino que ya desde un principio ocuparon las ciudades. De aquí la necesidad de no subordinar al antagonismo entre sedentarios y nómadas el que existe entre bereberes y árabes, puesto que aquél es mucho más antiguo que éste. Los árabes que como conquistadores penetraron en minoría en el país, fueron durante mucho tiempo absorbidos (antropológicamente) por los nómadas númidas que estaban en mayoría y que habían llegado allí mucho antes que ellos, pero en cambio les comunicaron sus creencias, costumbres é idioma.

Sólo después de sentadas estas consideraciones previas cabe aceptar como contraste profundo el antagonismo entre árabes y bereberes que señalan algunos autores, entre ellos Topinard cuando con su habitual maestría hace las siguientes afirmaciones: «El árabe es pastor y más ó menos nómada, habita en una tienda de campaña, es jinete de nacimiento, de carácter indiferente, difícil de conmover, propenso á la meditación é indolente; la expresión de su rostro es de impasibilidad, su mirada nada tiene de franca y su apostura es tiesa y rígida; sabe reír con dignidad, sus actitudes son tan teatrales como su hospitalidad y no olvida nunca; sigue el Alcorán, en su espíritu y en su letra, como el primer día, sólo se dobla ante la violencia y en todas las capas de su edificio social impera la más absoluta autoridad. Formando contraste con él encontramos al bereber como agricultor, industrial y comerciante: sedentario y laborioso, habita una verdadera casa y cultiva los jardines y los campos que la rodean. En su alma están extraordinariamente desarrollados el que puede llamarse espíritu de campanario y el amor á su independencia personal y á la autonomía municipal; como soldado su puesto está en la infantería. Ha cambiado de religión diez veces quizás, y aunque en la actualidad es mahometano, profesa el islamismo sin convicción; su probidad es extremada y la expresión de su rostro demuestra franqueza, afabilidad y ternura; se deja llevar de sus sentimientos, se interesa por todo, gústale mucho hablar y es bondadoso en grado sumo. Su porte es grave, pero natural y hay en su corazón un gran fondo de lealtad.» Como se ve los caracteres que constituyen esta antítesis son más sociales que antropológicos: los mismos mzabes que, al parecer, se han conservado tan puros y cuyas particula-

ridades corporales han sido minuciosamente estudiadas, no se distinguen de los árabes más que por su cuerpo nervudo y por sus pies y manos grandes, es decir, por los caracteres que son signo y resultado del trabajo.

El primitivo traje de los bereberes era de paño de lana que las mujeres tejían y todavía tejen. El varón lleva una túnica hasta las rodillas; la mujer una especie de camisa



Objetos del culto abisinios (según G. Rohlfs)

larga; aquél añade á la túnica un delantal de cuero cuando ha de ejecutar un trabajo pesado, y cuando hace mucho frío ó emprende un viaje etc., se pone un albornoz, por lo general prenda de familia que cuenta muchas generaciones, lleno de agujeros y adornado con franjas. Las mujeres llevan arrollado sobre los hombros un pañuelo de color muy parecido al chal. Los hombres se cortan el pelo muy corto y en cambio se dejan crecer la barba desde los 25 años. En algunas comarcas encontramos pequeñas particularidades, como por ejemplo, pequeñas sortijas de plata, que en Djofra se cuelgan de la nariz, y otros adornos análogos.

Diffícil es decir si la preocupación que existe contra el trabajo de los metales y especialmente contra la forja de

armas fué transmitida de los bereberes á los árabes del Norte de Africa ó de éstos á aquéllos: lo cierto es que ambos la tienen, aunque los árabes más que los bereberes, lo cual puede ser consecuencia del hecho de dar estos últimos mayor valor que los primeros á toda clase de trabajos, hasta el punto de que en algunas tribus el caudillo es el mejor herrero. Carette cita una cuyo caudillo y sus ocho hijos ejercían esta profesión, y la tribu entera de los benislimanes se dedica á la preparación y al comercio de hierro. Pero por otra parte les está prohibido á los marabutos trabajar los metales. La repugnancia hacia éstos, el oro inclusive, recuerda el carácter tyfónico que los sacerdotes egipcios daban á este metal. El árabe nómada necesita del hierro tanto como el kábila, pero compra sus armas en la ciudad, al paso que el último considera como una felicidad tener en su aldea un herrero que le componga sus aperos de labranza. Algunas tribus tienen especial habilidad para forjar armas, obteniendo con ello considerables ganancias: los beni-abbis fabricaban fusiles antes de que los franceses llegaran á su país, y en la capital de los beni-frausen, en donde cita Carette diez herreros, se perforaron probablemente cañones. Las armas de los bereberes son, en general, las mismas que las de los árabes; la espada larga y recta, el cuchillo de mano ligeramente encorvado y con los más ricos adornos posibles y la espingarda constituyen las piezas fundamentales de su armamento.

Los bereberes no son grandes constructores de ciudades: los primeros bereberes que aparecieron antes de Amru ben As, el conquistador de Kabilia, eran gentes muy aficionadas á pasear á caballo, pero sin ciudades. Rohlf ha dicho que no existe ninguna ciudad bereber, pero esta afirmación es exagerada. Los autores antiguos en sus descripciones del Norte de Africa nos hablan sólo de ciudades los unos y los otros únicamente de pueblos: Skylax y Herodoto son buen ejemplo de este contraste. Con frecuencia encontramos que las ciudades que poseyeron los griegos y romanos y que destruyó la invasión árabe ayudada por los bereberes, no fueron reedificadas hasta que los árabes las reconstruyeron. Así fueron fundadas como árabes y no como berberiscas las ciudades de Derna, Bengasi, Misratah, Trípoli, Gabés, Kairuan, Sfax, Túnez, etc., hasta las del Magreb como El Aka, El-Araisch, Ssala, Fez y Suera (Mogador). La preponderancia del arabismo en estas ciudades es, sin embargo, un fenómeno político más bien que etnográfico, pues las tribus bereberes faltas del apoyo de su nacionalidad que tenían en sus aldeas y villas de las montañas acabaron por ser absorbidas. Otra cosa pudo haber sucedido antiguamente cuando los «libios» poseían todavía las fértiles llanuras del litoral mediterráneo y los valles en donde habitaba una población densa y libre de mezclas. Las aldeas de los bereberes tienen en la actualidad más carácter de ciudades que las de los árabes. Los bereberes poseen poblaciones grandes y pequeñas compuestas de casas y de chozas, siendo muy pocos los que viven en tiendas de campaña; en cambio los árabes habitan, como en su patria, en ciudades y en aldeas de tiendas. Las aldeas bereberes están emplazadas con preferencia en las cimas y en las vertientes de las montañas y todas ostentan como obras de defensa terraplenes, ó murallas de piedras ó valladas: hay en ellas chozas de ramujos y cabañas de ladrillos que se fijan con un mortero hecho con cal, barro y excrementos de vaca; el techo inclinado está cubierto con cañas, paja ó piedras; en el interior el espacio de la derecha es para la familia y el de la izquierda sirve de establo: un jardín ó un pequeño campo de trigo rodea estas viviendas. En las comarcas occidentales, por ejemplo entre los che-

lupes, todas las casas son de piedra y tienen dos pisos, el bajo con dos habitaciones bajas y oscuras desde las cuales una frágil escalera conduce al superior. El segundo piso, que las kábilas no construyen hasta que se casa un hijo de la familia, forma en su mayor parte en las aldeas del Atlas occidental una especie de mirador rústico poco en armonía con la crudeza del tiempo propia de los territorios montañosos y constituido por gruesas pilastras que sostienen el techo saliente por delante de la casa: á cada lado de este espacio aéreo hay un cuartito cerrado de unos dos metros en cuadro. Ninguna habitación tiene más de 1 ²/₃ metros de alto ni ninguna puerta más de 1 ¹/₃. Los indígenas pasan el invierno en unos fosos debajo de las casas: éstas y las aldeas están todo lo más contiguas posible para resguardarse mejor del frío y para mejor defenderse. Miradas desde un sitio más bajo las aldeas parecen un castillo.

El estilo arquitectónico de los castillos ó *kasbahs* de los gobernadores y otros magnates instituidos por los gobernantes de Marruecos, de la antigua Argelia, etc., que aparecen diseminados por el Atlas ofrece las particularidades siguientes: un elevado y sólido muro circuye el vasto patio en cuyos lados se levantan pequeños edificios para la servidumbre y para la guardia de corps y en cuyo centro alza la casa del gobernador y de su familia. En los territorios del Sud de Marruecos la kasbah está construída con *tapias*, grandes ladrillos secados al sol, y es, por ende, muy poco sólido. Los bereberes más genuinos, ó sea la tribu sudargelina de los beni-mzabes compuesta de 50 ó 60.000 individuos, la más libre de extranjeras mezclas, son los únicos que viven en grandes ciudades que ya habitaban antes de aceptar el islamismo. La más importante de las ciudades mzabes es la de Ben-Isguen, situada en una colina á cuyos pies corre el Wadi-Mzab: una muralla de piedras cuadradas con sus torres, obras laterales y parapetos la circunda y en la torre de encima de la puerta hay habitación para la guardia y salón de reuniones de los notables; entre los muros y las casas corre un espacio libre de 20 metros de ancho donde se reúnen los defensores de la ciudad en caso de ataque. Todas las casas de Ben-Isguen son regulares y están construídas con mucho esmero: el terreno edificable se pagaba en 1882 á 600 francos el metro cuadrado. A la entrada del *quecar* se ve un espacio grande donde acampan en tiendas los extranjeros, siendo esta la única ciudad del Mzab en la que ningún extranjero es propietario: hubo un tiempo en que podían establecerse en la ciudad y gozar del derecho de ciudadanía como sucede todavía en los demás quecares del Mzab, pero su presencia fué causa de continuas luchas, y los djemaas, para poner fin á ellas, ofrecieron á aquéllos una indemnización si abandonaban la población. ¿Dependerá del modo de ser de los bereberes, poco amigos de las ciudades, el que en Marruecos sean éstas relativamente de escasa importancia? Esta pregunta es de difícil contestación dada la decadencia de la cultura urbana.

A excepción de las de la costa y de las tres residencias del sultán, Fez, Mequinez y Marruecos, el imperio de este nombre posee pocas ciudades grandes y populosas y en las existentes sólo quedan insignificantes huellas del esplendor y del lujo de otros tiempos. De las principales ciudades, muchas han desaparecido y otras han quedado reducidas á un montón de ruinas. De la famosa Al-Kasar, de sus relucientes cúpulas y elegantes arcadas, de su rica biblioteca, de su hospedería para los peregrinos, de sus famosas escuelas, de su grandioso hospital y de sus innumerables mezquitas resta sólo un extenso campo de ruinas en donde los descendientes de aquellos ilustrados habitantes viven pobrement

en miserables chozas de barro construídas sobre las antiguas murallas. Pero ¿han sido las ciudades del Africa septentrional berberisca tan florecientes como las describen los poetas? Cuando se oye decir que un minarete de 70 metros de altura es la única construcción de piedra de Marruecos, parece que estas ciudades debieron estar á pesar de la influencia árabe, muy por debajo de Granada ó de Córdoba. El mayor número de negros, el color más oscuro de los mismos árabes y el inferior nivel de la cultura total de los árabes urbanos dan á comprender que Marruecos dista mucho de los centros del arabismo puro, es decir, de la Meca y del Cairo.

La agricultura que se practica en los valles y en las vertientes de las montañas, en éstas por medio de bancales trabajosamente construídos, ha sufrido escasas modificaciones desde los primitivos tiempos. El arado de hoy con el que á menudo se destripa dos veces un terruño es el mismo que vemos en los monumentos del antiguo Egipto y el esmerado sistema de riego recuerda también los procedimientos egipcios. La hoz es un instrumento dentado á modo de sierra con el cual no es posible trabajar muy de prisa. Los frutos de cultivo son, con dos excepciones, los mismos que antiguamente, es decir, la cebada, el trigo, las lentejas, las algarrobas, el lino y las calabazas; de América se han importado el tabaco, el maíz, las patatas y quizás la pimienta encarnada, habiéndose también aclimatado de tal manera dos plantas tropicales, la agave y la higuera de Indias, que en algunos puntos han modificado por completo el primitivo carácter del país. Los pepinos, las calabazas, las sandías y las cebollas constituyen una parte principal de la alimentación. Otra planta indígena muy importante es una pequeña alcachofa (*Cynara humilis*) que crece en estado silvestre en los terrenos fangosos y sobre todo en los bordes de los campos y que las mujeres y los niños cogen en grandes cantidades que van todas las mañanas á vender á las puertas de Tánger. En invierno las hojas de la alcachofa sirven de forraje para el ganado y más tarde un alimento muy estimado para las clases pobres del pueblo. La trilla de los cereales se hace por medio de bueyes y el grano después de aechado se guarda en cestas de junco. Los kábilas entienden en arboricultura y algunos poseen hermosos frutales que producen manzanas, peras, albaricoques, almendras, aceitunas, higos, naranjas y uvas. La tribu de los beni-abbés que habita en el Atlas argelino es famosa por su riqueza en árboles útiles, de gran aplicación en la fabricación de culatas para los fusiles. Poseen finalmente numerosas colmenas cuya cera constituye un importante artículo de comercio. Las comidas empiezan y acaban con una infusión de te verde y de otras hojas muy azucarada y los muchos y substanciosos manjares que en ellas se sirven son variaciones sobre el mismo tema: la base de todos ellos es el *alcuacuz*, consistente en una gruesa torta de harina de maíz ó de trigo frita en aceite ó en manteca rancia, sin más variantes que las distintas carnes ó legumbres que con él se mezclan. Los manjares se sirven en grandes fuentes de tierra con altas tapaderas de entrelazado, aunque más altas parecidas á nuestras colmenas, que puestas en un pie de madera bajo se colocan en el centro de la rueda que forman los comensales echados en el suelo.

Las kábilas que poseen terrenos llanos, que tanto codician por la superioridad de su suelo, fueron sojuzgadas ya en tiempo de los turcos porque los señores del país podían disponer de los campos y de los frutos. La sólida cohesión de estas tribus con su suelo constituye una nota característica en su modo de ser y es especialmente importante en

un país de población principalmente nómada. La seguridad y fijeza de la propiedad personal fueron citadas por Carette y otros autores como base de una semejanza entre bereberes y europeos.

Los bereberes que con sus varias industrias producen para sus necesidades y para el comercio, explotan minas de hierro, de plomo y de cobre, funden, lavan y forjan los metales, y cubren sus cuerpos y llenan sus casas con adornos de procedencia clásico-árabe. Prensan la aceituna con molinos que ellos mismos se construyen, y poseen gran número de molinos harineros; son propietarios de canteras de donde sacan sus muelas y van á los territorios árabes á construir los molinos de éstos. Cuecen ladrillos y cal, conocen el uso del mortero, fabrican jabón negro con aceite y tierra alcalina, trenzan, tejen, esculpen en madera y hacen trabajos de alfarería. En las kábilas, los árabes pobres recogen las cortezas para curtir que luego emplean los bereberes acomodados. Las tribus que residen en territorios bien situados mercantilmente como los beni-mzabes se dedican á la fabricación de pólvora en gran escala y tienen 5.000 telares, en los cuales las mujeres tejen telas bastas pero fuertes y muy estimadas: los albornoques y los tapices de los beni-mzabes están extendidos por todo el Norte de Africa. La industria de las ciudades marroquíes es famosa por sus recamados de oro y plata, por sus trabajos de cuero (véanse los grabados de las págs. 248 y 249) y por sus cacharros glaseados y sin glasear, más bellos que los de Argelia y muy estimados en los mercados europeos bajo el nombre de cacharros de Fez. Los bordados en oro y en plata apenas constituyen artículos de comercio siendo en su mayoría de exclusivo uso de los ricos judíos y árabes indígenas; estos últimos especialmente cubren á sus mujeres y á sus hijas con riquísimos y hermosos trabajos de esta clase. La industria de los metales preciosos está en Marruecos en manos de los judíos. En suma, la tribu berberisca está, en cuanto á industria, muy por encima de sus antiguos vecinos africanos del Sud y aun de los mismos árabes, y recuerda á las poblaciones del mediodía de Europa empapadas de la antigua civilización romana, y la altura que han alcanzado su industria y su agricultura la une más con Europa que con Africa.

Entre los bereberes, la mujer goza en la esfera del trabajo, como en todo, de una condición muy superior á la que le conceden otros pueblos africanos y asiáticos; así en la fabricación de albornoques, entre los beni-abbés, es de incumbencia del hombre recoger y limpiar la lana y coser los tejidos hechos por las mujeres y en punto á las faenas agrícolas aquél se encarga de las labores más rudas y éstas del cultivo de los olivares y de las viñas de tanta importancia en el territorio del Atlas, especialmente en la Kabilia. El hombre cultiva el lino y la mujer lo teje; las mujeres con los ancianos fabrican los entrelazados que se hacen principalmente con los tallos de la *halfa*; el comercio ambulante es propio de los hombres. Sea por naturaleza, sea por herencia de los fenicios, como se ha pretendido especialmente respecto de los beni-mzabes cuya actividad mercantil asombra, los bereberes no son tontos ni perezosos en el comercio al que se dedican en grupos de dos ó de tres cuando descansan de sus faenas agrícolas. Aun cuando generalmente se designa á los kábilas como sedentarios en contraposición á los árabes, muchos de ellos ejercen con pasión el oficio de buhoneros ambulantes, comerciando con toda clase de chucherías, incluidas las de procedencia europea, y trayendo de sus largos viajes buena cantidad de lana para albornoques que han cambiado por sus baratijas. Ya en los tiempos de la cuarta dinastía de los